

CAPITULO XL.

ÚLTIMO ADIOS.

Los deportados que en Ibiza quedaron después de los sucesos que llevamos referidos, eran vigilados constantemente.

A la manera que el reo teme oír de momento en momento su sentencia, así temblaban aquellos infelices por el arribo al puerto, de algun buque de guerra con la orden de trasportarles á Ultramar.

Este fatal momento llegó demasiado pronto por desgracia.

El 7 de setiembre cuando fueron á pasar la lista, operacion que desde los últimos sucesos se verificaba diariamente, notóse una nueva falta de doce de ellos, que tambien con el auxilio de los naturales de la ciudad y campiña, consiguieron burlar la esquisita vigilancia de las autoridades, y embarcarse para Argel como lo habian verificado los primeros que apelaron á la fuga.

A consecuencia de este nuevo escándalo se privó á los restantes de toda libertad, y se les condujo entre filas al castillo.

Aquel mismo dia, á las cinco de la tarde ancló el vapor *Leon* en el puerto de Ibiza.

El dia 8 se hizo á la vela con direccion á Cádiz, llevando á su bordo ciento veintiseis deportados.

Es inesplicable el sentimiento que á esta desgracia manifestaron aquellos sencillos isleños.

No parecia sino que se tratase del destierro de los mismos hijos de la poblacion: todos se condolían de la acerba suerte de aquellos desventurados.

El 8 de setiembre de 1848 fué para la isla de Ibiza un dia de amargura, un dia de inmensa calamidad.

Todos querian acercarse á los presos que desde el castillo hasta el muelle iban entre filas; y si algunos penetraban hasta ellos, les abrazaban, les consolaban con palabras afectuosas, y les daban cuantos socorros les era permitido.

Un hecho tan sencillo como de pura expansion ocurrió en aquellos momentos, que por mas vulgar que á primera vista parezca, no podemos resistir al deseo de consignarle en estas páginas, porque él por sí solo prueba la angelical candidez de aquellas gentes, y la idea que tienen formada de que todo el bien ó el mal que en España se experimenta, procede del trono, y no de los ministros responsables.

Cierta campesina, anegada en llanto, veia pasar á los presos cuando los conducian al buque; y eran sus demostraciones de dolor tan espresivas, que no se hubiera puesto mas desesperada y frenética una madre á quien priváran de sus propios hijos.

No tenia consuelo aquella pobre mujer: ora pronunciaba mil palabras de ternura; ora prorumpia en acerbo lloro, ora en gritos de desesperacion.

—Es una picardía—esclamaba—van á arrojar al mar á esos infelices. ¿Qué harán sus mujeres? ¿Qué harán sus hijos? ¿Qué harán sus madres? ¿Sabeis lo que es quitar sus hijos á las madres? ¿No tiene hijos la reina?—Y creciendo por instantes su doloroso frenesí, exclamó por último:—Es imposible que estuviera en su sano juicio cuando mandó esto.

Hé aquí como los malos ministros desprestigian con sus desafueros á los reyes, cuyo trono les sirve de escudo para cometer villanamente todo linage de crímenes.

Muchas veces se saca á relucir la responsabilidad ministerial; pero esta responsabilidad solo existe de nombre..... solo se habla de ella como para mofarse de la credulidad del pueblo, solo se habla de ella para hacer escarnio de la santidad de las leyes.

Cuando tantos ministros prevaricadores ha habido en España ¿qué se ha hecho con ellos para satisfacer la vindicta pública?

¿Qué se ha hecho?

Creo que no hay necesidad de contestar á esta pregunta; la España entera les ha visto con indignacion caer de sus doradas poltronas, y cuando debieran hundirse en el abismo de la execracion universal, insultan la miseria pública con sus colosales fortunas... y aun ocupan pingües destinos, y aun ostentan títulos y condecoraciones... y aun esperan escalar de nuevo el poder para acabar de esquilmar á la nacion.

No esperes, pueblo español, que ningun magnate, por muchos y grandes que sean los crímenes que haya cometido, sea conducido al cadalso, á ese catafalco horrible que ellos han inventado para empaparlo de sangre plebeya, á ese catafalco sacrilego donde á nombre de la justicia usurpa el hombre las prerogativas de Dios, á ese catafalco ominoso donde continuamente humea la sangre de

los pobres, y solo de los pobres, porque al peso del oro todas las leyes se doblegan y ceden.

Vosotros, honrados patricios, vosotros artesanos beneméritos, sereis siempre el blanco de las iras de los tribunales; porque está visto que no hay en el mundo peor delito que el haber nacido en humilde condicion, y mientras solo para vosotros subsiste el patíbulo, que ni aun para los verdaderos criminales debiera existir cuando hay otros medios de mejorar la condicion humana y corregir los estravíos de la razon, para los que poseen millones, mas que los hayan adquirido fraudulentamente, todo es olvido, todo es generosidad, todo es perdon... y la igualdad ante la ley desaparece... y la Constitucion jurada es una mentira... y la moralidad un objeto de befa y escarnio.

Si el pueblo se levanta contra sus opresores, se le ametralla, se le encarcela, se le deporta, se le fusila cuando los opresores triunfan; pero ¿qué contraste cuando triunfa el pueblo! Deja impunes á sus opresores, deja impunes á los que le encarcelaron y deportaron, deja impunes á los que le diezmaron con la metralla, y estos mismos *ametralladores* se pavonean insolentes, se rien, se burlan de las masas populares, las insultan con groseros sarcasmos, y se dan el título de grandes hombres los que no son mas que miserables verdugos.

En Ibiza ya no quedaban mas que los enfermos en número de veinticinco.

Tampoco quedaron allí largo tiempo estos desgraciados; todavía arribó otro buque de guerra á la isla pasado algun tiempo para conducirles á Cádiz; pero solo se llevó ocho, porque se habian fugado cinco y los demás seguian gravemente enfermos, entre los

cuales don José Lafont padeció una horrible enagenacion mental á consecuencia de hallarse postrado en el lecho del dolor cuando salieron los del vapor *Leon*, y se llevaron á un hermano suyo, que era el único consuelo que tenia en sus agudas dolencias.

Terminemos este enojoso capítulo.

Los deportados que hemos dejado á bordo del vapor de guerra esperimentaron á su vez la mayor amargura al dar *el último adios* á tan hospitalaria tierra, y subia de punto el dolor de su alma, cuando casi tenian la certeza de que se les trasladaria á otro buque para emprender la arriesgada y luenga navegacion hasta Filipinas.

El 11 de setiembre llegaron á la Carraca. ¿Qué duda podria ya caberles de lo que se intentaba hacer con ellos?

Mas no fueron solos: mayor número de víctimas designaba el gobierno para tan cruento sacrificio.

Sí, mayor número de víctimas, porque el furor con que la dictadura militar se cebaba en el virtuoso y valiente PUEBLO DEL DOS DE MAYO se ostentaba cada vez mas implacable.

Retrocedamos á Madrid para cerciorarnos de esta dolorosa verdad.

Sabe ya el lector que el honrado banquero don Fermin del Valle, el que habia salvado al marqués de Bellaflor, estaba en tratos con ciertas *damas de la situacion* muy influyentes, para lograr la libertad de Manuel, hermano de María, y del negro Tomás; pero sabe tambien, que á consecuencia de la visita que una de dichas *damas* hizo á la marquesa, los deseos del activo banquero no podian ya realizarse, porque la pundonorosa María prohibió terminantemente á su generoso protector que hiciese el menor sacrificio pecuniario para *comprar á la justicia*.

Con todo, deseoso don Fermin de paralizar la accion de una venganza que juzgaba inevitable, iba entreteniendo á las *consabidas* con esperanzas de un arreglo lucrativo para los *intercesores* en este asunto.

Bajo fianza del banquero, obtuvieron por fin su libertad los dos mencionados presos; pero esta libertad no era completa; se les concedió bajo la condicion de presentarse diariamente en la habitacion de don Francisco Chico, sin que supieran ellos que esto habia de durar hasta el definitivo arreglo del negocio, en cuya virtud habia de entregar don Fermin cierta cantidad en metálico.

Llegó el momento en que ya no le fué posible al honrado banquero dar mas treguas á este asunto, y apurado por las exigencias de las elegantes *mediadoras*, hubo de romper con ellas y abandonar sus protegidos á la ira de sus verdugos.

El jóven Manuel y Tomás habian vuelto á la habitacion de los padres de Carolina, donde aguardaban obtener su libertad por completo.

Tomás particularmente, esperaba impaciente este feliz momento para marchar á Zaragoza, donde la marquesa de Bellaflor le aguardaba con ansiedad.

Los desdichados no sabian á qué género de contrato queria sujetarse su salvacion, y no tardaron en perder las ilusiones que habian concebido, conforme verá el lector en el capítulo siguiente.

CAPITULO XLI.

LA SORPRESA.

Doña Úrsula y don Nicomedes amaban con delirio á su hija Carolina, y deseosos de que su educacion correspondiese á su belleza y á su posicion social, principalmente la mamá que tenia orgullo de llevarla á su lado y verla lucir sus talentos en la buena sociedad, habian dedicado particular esmero á proporcionarle buenos maestros, sin olvidar el de música y piano, que en el concepto de doña Úrsula, era indispensable para que su hija encontrase un buen novio.

La opinion de doña Úrsula es la de todas las madres del universo, si hemos de juzgar por las apariencias.

Lo mismo en Lóndres que en París, lo mismo en San Petersburgo que en Madrid, y no solo en todas las capitales mas populosas del orbe, sino hasta en los pueblos y aldeas, las familias decentes se conocen por el piano.

La casa donde se carece de este instrumento, aun cuando haya

jóvenes en ella, ya pueden estas jóvenes renunciar al título de señoritas, y como las mamás de Madrid no quieren que se llame á sus hijas con los ordinarios nombres de chicas ó de muchachas, antes que hacer calceta y saber echar un remiendo con perfeccion, prefieren que toquen aun que no sea mas que la polca del *Ferrocarril*, y canten siquiera las seguidillas de *Gloria y peluca*.

No sé en qué fundan las buenas mamás su opinion de postergar todos los deberes de una mujer á semejante furor filarmónico; pues si su objeto es hacer á sus hijas á propósito para que sean con el tiempo útiles á sus maridos y á sus hijos, creo yo que si alguno de los chicos llega un dia á su casa con el codo de su blusita roto, ó le salta al marido un boton del gaban, ni la madre ni la esposa remediarán este fracaso tan frecuente en los matrimonios, tocando la marcha real en el piano ó cantando el brándis de Lucrecia Borgia.

La precedente observacion va solo dirigida contra las madres que descuidan la educacion útil de sus hijas para hacerles aprender lo agradable, que desgraciadamente son las mas; pero esto que ellas tienen por agradable y les hace caer la babita de gusto, desgraciadamente suele producir en los demás oyentes el mismo efecto que un cencerreo intolerable, porque son muy pocas las señoritas aficionadas que llegan á hacer primores en el arte de Listz y de la Cruvelli, y es fácil que ahuyenten á los novios en vez de conquistarlos.

Hay sin embargo señoritas en Madrid que tocan el piano perfectamente y cantan á las mil maravillas, sin que por esto dejen de ser muy hábiles en todas aquellas labores que son el verdadero núcleo de la buena educacion del bello sexo.

Carolina pertenecia á esta clase.

Ella era el descanso y consuelo de su mamá; hacia con perfección las labores más delicadas del hogar doméstico, y cuando sus lindas manos recorrían el armonioso marfil, ó su garganta exhalaba alguna melodía, destilaba toda la sensibilidad de su corazón.

Manuel la escuchaba deliciosamente extasiado; pero un día... un día estaba Carolina tocando el lindísimo *Delirio* de Rosellen, que era la pieza predilecta de Manuel, y este joven la escuchaba distraído.

—Veo que no hace usted caso de lo que toco,—dijo sonriéndose Carolina.

—Ya sabe usted que cualquier cosa que ejecute en el piano me embelesa.

—¡Adulador! ¿Prefiere usted que cante?

—Como usted guste, amiga mía.

Carolina se esforzaba por distraer á su amante, cuya melancolía subía de punto.

Había tenido el capricho de poner en música unos ovillejos que gustaban mucho á su enamorado Manuel, y eligió esta composición, cuyo acompañamiento era mejor que la letra, y que Carolina cantaba con una gracia deliciosa, con un sentimiento arrebatador.

La letra decía así:

EL ORO Y LA VIRTUD.

Qué triste es y dolorida
¡ay! la vida,
cuando no reina la calma
en el alma!
¡Animo y resignacion,
corazon!

Nunca el deshonor se goce
triumfante de mi pasión,
aunque esta lucha destroce
VIDA Y ALMA Y CORAZON.

Quieren manchar mi decoro
con el oro!

Quieren rendirme holocausto
con el fausto!

Quieren rodear mi amor
de esplendor!

Redes de ricos despojos
tiende la astucia á mi honor;
mas no deslumbran mis ojos
ORO, FAUSTO Y ESPLENDOR.

¿Qué es primero que faltar?
El luchar.

¿Qué es preferible á ceder?
El vencer.

¿Qué es antes que delinquir?
El morir.

La llama del vilipendio
quiere mi honor consumir,
y es fuerza, contra este incendio
LUCHAR, VENCER, Ó MORIR.

¿Quién ha de salvar mi amor?
El honor.

¿Quién ha de darme salud?
La virtud.

¿A quién me he de someter?
Al deber.

Que en amorosa contienda
invencible es la mujer,
si no abandona la senda
DE HONOR, VIRTUD, Y DEBER.

—Muy bien, muy bien, Carolina,—dijo Manuel;—pero es

tan patética esa canción, que aumenta la tristeza que me consume.

—¿Y por qué ha de estar usted triste?—repuso Carolina abandonando el piano y sentándose junto á Manuel.—¿Qué tiene usted?

—¿Qué quiere usted que tenga?—respondió el jóven Godinez enjugándose una lágrima.

—¡Llora usted!—esclamó con amargura la candorosa niña.—¡Y precisamente cuando acaban de ponerle en libertad!

—Siento afligir á usted, Carolina; pero el recuerdo de una cariñosa madre me oprime el corazón.

—Y usted desgarrá el mio, Manuel... ¡Cuánto siento que no baste mi amor para hacer la felicidad de usted.

—Sí, Carolina, sí... el amor de usted es lo único que puede darme aliento para soportar mis males. ¡Me dan la libertad! ¿Qué me importa una libertad tan llena de amargura? ¡Qué dichoso sería yo si mi madre viviese, si la tiranía no me hubiese arrebatado á mi querido padre! ¡Con cuánto placer les hubiera participado el amor que usted me profesa! ¡Con cuánto orgullo les hubiera dicho que amo á una criatura adorable!... Y ellos que eran tan buenos... ellos que deseaban mi felicidad... que no tenían en el mundo mas ambicion que el bienestar de su hijo, hubieran bendecido nuestro amor, y unida su bendicion á la de los honrados padres de usted, mi dicha hubiera sido inmensa.

—¿Y cree usted, amigo mio, que su buena madre no bendice nuestro amor desde el cielo?

—¡Oh! sí... debe bendecirlo.... porque es un amor puro... y mi madre es quien guía todos mis pasos en este mundo... yo se lo ruego en todas mis oraciones y ella sin duda me atiende... ella me

escita á elegir á usted por esposa... ¡oh! sí, no lo dude usted, hermosa Carolina, mi madre bendice nuestra union.

—No lloremos pues, Manuel, toda vez que un ángel bendice nuestro amor. Su madre de usted está junto á Dios. Ha recibido el premio de sus virtudes, y no debe afligirle á usted su ausencia, ya que desde el cielo vela sobre nosotros.

—¡Y mi pobre padre! ¡Ay! tal vez no le verá mas.

—¿Quién sabe, amigo mio? Las cosas políticas varían todos los dias.... Además, de un momento á otro puede publicarse un indulto... ¿Por qué ha de pensar usted siempre lo peor? Entretanto, usted mismo conoce que mis padres le quieren á usted como á un hijo. Tiene usted en ellos otros padres cariñosos, y si algo vale mi amor...

—¡Que si vale su amor de usted! ¡Ay Carolina de mi alma!... el dia que el sacerdote bendiga nuestros vínculos, no habrá en el mundo un mortal mas feliz. Sí, bien mio—y besándole la mano con frenesí, añadió—porque te amo con idolatría... te adoro... perdone usted mi franqueza.

—¿Y por qué no hemos de hablarnos como dos hermanos.... como dos esposos?.... ¿No es pura la llama que arde en nuestros corazones? ¿No está ya santificada por la bendicion paternal?

—Dices bien, Carolina mia, debemos hablarnos como dos inseparables compañeros... porque el amor ha unido nuestras almas para siempre... ¿quién podrá separarnos?

—¡Oh! nadie, Manuel, nadie.

—¿Serás siempre mia?

—¡Siempre!

—¡Cuánto te amo!

—¡Y cuán feliz me haces, Manuel mio, con tu amor!

—Y tú me haces olvidar todos los males de este mundo. Tus palabras, estrella de mi vida, rocían deliciosamente mi corazón.

—Gracias, gracias, bien mío. Te veo contento, y esto hace renacer la alegría en mi alma. No llores mas... ¡me hacen tanto mal tus lágrimas! ¡Si vieras como desgarran mi pecho!... Yo no quiero que estés triste... no quiero que sufras... quiero que siempre seas feliz.

—¡Lo soy tanto al lado de mi Carolina!... ¿No es verdad que vives solo para mí?

—Para amarte y hacerte dichoso. Hemos de vivir siempre juntos... siempre amándonos... ¿verdad?

—Sí... vivir contigo... no abandonarte nunca...

De repente interrumpió el negro Tomás esta conversacion gritando:

—Estamos perdidos.

En pos de Tomás presentáronse una turba de polizontes, se abalanzaron bruscamente sobre Manuel y le maniataron á pesar de su desesperada oposicion.

Carolina dió un grito de espanto y cayó desmayada.

¡Era la segunda vez que le robaban á su amante!

